

La puerta de ida y vuelta.

1.

Para la mayoría de sus compañeros no había sido una sorpresa encontrarse aquella mañana con que Panizo no estaba en la formación.

Un día u otro tenía que ocurrir.

Muchos se alegraron de perderle de vista. Otros vieron tempranamente truncada la sucesión prevista de burlas y novatadas, una vez que se les privaba del tipo raro, blanco idóneo de su impensada crueldad.

Cuartel Militar de Tres Cantos. Doce de agosto del corriente.

José María Panizo. Trastorno mental de tipo inespecífico. Antecedentes de retraimiento, irritabilidad, suspicacia y desorganización. Susceptibilidad a factores estresantes medioambientales. Tras periodo preventivo de observación, el recluta presenta los siguientes síntomas: ideas delirantes de imposición del pensamiento, comportamiento extraño, habla inconexa.

Alternancia de periodos de agitación con otros de abulia y alogia.

Indicación de análisis de sangre y orina. TAC.

Se propone su licenciatura por incapacidad sobrevenida para el SMO y su derivación a especializada. El Capitán Médico: Doctor Julio Medina.

Un día u otro tenía que ocurrir. A pesar de que, en principio, se negaron a declararlo no apto, todos en casa sabíamos, de un modo cierto, que aquello no podía terminar bien.

Había llamado por teléfono desde el cuartel. Estábamos inquietos y preocupados, pero Mamá le recibió como si volviera intacto de una guerra. Aquel entusiasmo agobiaba visiblemente a Josemari, que, por lo general, trataba de mantenerse a cierta distancia del contacto afectivo exagerado. Mamá había preparado sopa de pescado y albóndigas. En pleno mes de agosto.

Durante aquella comida especial para celebrar que, al fin y al cabo, Josemari había terminado la mili, todos nos dedicamos a observarle furtivamente. Comía con un apetito alarmante. Y se levantaba continuamente de la mesa. Salía del comedor, y volvía al cabo de unos instantes. Y así todo el tiempo.

No recuerdo una sopa de pescado, unas albóndigas, que tuvieran menos sabor.

Papá carraspeaba, sin levantar la vista del plato, sin dejar de comer. Mamá bebía agua a cada momento, y trataba de iniciar conversaciones que ninguno seguíamos. Josemari respondía con monosílabos o con gestos parcos y desganados. Lucía, la pequeña, le preguntó si había disparado.

¿A quién?.

No sé...

Pues entonces.

Todos sabíamos que algo estaba a punto de ocurrir. Y seguíamos comiendo, esperando o temiendo que.

Habíamos recobrado súbitamente la memoria exacta de tantas situaciones idénticas a lo largo de los últimos dos años. Estábamos otra vez como siempre, los cinco y la casa, las paredes atrapándonos, los lazos del cariño y del deber para con él, una incierta culpabilidad, los lazos del miedo.

Poco antes del postre, Josemari volvió a levantarse de la mesa cediendo al estallido súbito de una tensión interna. Al hacerlo, tiró la silla.

Mamá se disponía a seguirle cuando mi padre la detuvo. Espera, es mejor que lo dejes tranquilo.

Poco después empezaron los golpes. Entonces sí que nos levantamos todos.

Mi padre trató de evitar que lo siguiésemos hasta la habitación de Josemari.

La puerta estaba cerrada. Papá, y las tres detrás de él. Creo que todos gritábamos. Del otro lado nos llegaba el hálito terrible de la fuerza devastadora y atormentada que se había desencadenado otra vez en su interior.

No se de qué manera conseguimos entrar. Mi hermano estaba golpeándose la cabeza contra el borde del armario. Por su cara resbalaba una densa mancha de sangre. Y gritaba furioso contra sí mismo. Recuerdo que yo tenía la boca llena aún. No sabía qué hacer con aquella comida. No podía tragar. Creo que vomité sobre la cama.

Luego vino un médico y dijo que había que llevarlo al hospital para que le cosieran. Tras la crisis, Josemari se había quedado rígido y apenas colaboraba, así que llamaron a una ambulancia para facilitar el traslado.

Desde la ventana de mi cuarto pude ver cómo los vecinos se asomaban a los balcones, se arremolinaban junto al portal. Yo ya sabía que en el barrio lo llamaban el loco. Todos lo sabíamos. Él también.

No estuvo mucho tiempo en el hospital. Una semana y media, a lo sumo. Esto es un centro de agudos. Hemos realizado todas las pruebas adecuadas. No podemos hacer nada más por él. Deberían buscar ayuda en otro sitio. Acudan con estos informes a su médico de cabecera. Él les podrá orientar.

2.

Mientras no estuvo Josemari, apenas los tres meses que duró su servicio militar, cenábamos todos juntos y luego veíamos la tele. Sobre todo las series de comedia. Papá terminaba quedándose dormido. Y había que despertarlo suavemente para decirle que había acabado el programa. Que nos íbamos a acostar. Sonreía, un poco ido, y nos daba un beso a cada una. Hasta mañana si dios quiere.

Con mi hermano en casa todo era igual y diferente. Había siempre preguntas que hacer, y dudas. ¿A qué hora es mañana la cita con el médico?.

No lo sé. Mamá se ocupa de esas cosas. Ya le he dicho que no necesito que me vea nadie. Y menos ese tipo gordo y orgulloso que fuma en pipa.

Una vez descartados otros posible trastornos psicóticos, las pruebas realizadas arrojan un diagnóstico claro. Tengo que decirles que su hijo sufre una esquizofrenia de tipo inespecífico o paranoide. No sé si saben de qué se trata. Es una enfermedad muy compleja provocada por un desajuste químico en el cerebro por exceso de dopamina que...

Todo aquello no sirvió de mucho, quiero decir, que el hecho de ponerle un nombre a lo que vivíamos en casa no hizo que nos sintiéramos ni mejor ni peor.

Al menos le instauraron un tratamiento concreto para prevenir las recaídas, para reducir los síntomas si se presentaba otro ataque agudo. Insistieron mucho en lo importante que era que Josemari siguiera las pautas de la medicación.

3.

¿Han llamado del taller?.

No.

No han llamado del taller. No han... Les dejé un recado la semana pasada para Lucas, les dije, para Lucas, que estoy libre, que he terminado la mili, para volver a...

Quizá olvidaron decírselo.

Tú no te metas, enana. Que no sabes de qué va esto.

Bueno, hijo, acércate por allí. No hay otra forma de.

No encuentro las llaves de la moto. Josemari revolvía con nerviosismo todos y cada uno de los cajones a su alcance.

Es por la medicación, hijo, no te conviene... de momento.

Se marchó despacio, extrañamente apaciguado. Pero no tuvo demasiada suerte. En realidad Lucas había recibido el mensaje. Verás, chaval, tuve que contratar a otro para cubrir tu puesto. No esperaba que volverías antes de tiempo. ¿Sabes?, el que te sustituye tiene un contrato temporal, de nueve meses. Es el hijo de Ramón, el del bar, ¿entiendes?. Pásate a la vuelta del verano, a ver si para entonces...

Hacía calor en casa. Recuerdo que nos costaba dormir. Las ventanas abiertas de par en par y el ruido discontinuo del tráfico en la cercana autopista.

Algunas noches coincidíamos, nos encontrábamos en la cocina mi madre y yo. He venido a beber agua.

Sí, yo también, cariño. Hace un calor insoportable. Y, sin darle ninguna importancia, mientras hablábamos de cualquier cosa, Mamá comprobaba las tabletas de los comprimidos mirando al calendario que había en la pared,

contando con los dedos de la mano. La cosa no cuadraba. Solían sobrarle dedos o pastillas, no sé.

El caso es que la situación, todos lo sabíamos, se estaba haciendo insostenible. Josemari se estancó en una perplejidad y un abandono preocupantes. Apenas salía de su cuarto. Conjeturábamos a cerca de lo que pudiera estar haciendo durante tantas horas de inquietante silencio. Estaba más tranquilo que nunca. ¿Lo estaba?

Tenía un grupo de tres o cuatro amigos, los de antes, que a veces lo llamaban para decirle que habían quedado en alguna parte. Le dábamos el recado, porque él ya no quería hablar por teléfono. Decía que lo ponían nervioso aquellas voces de la gente que se le metían en la cabeza y que luego no había forma de sacarse. ¿Por qué la gente habla tan deprisa por teléfono, por qué gritan tanto?. Para eso que vengan aquí, para eso que no llamen.

Y seguía metido en su cuarto, fumando sin parar. Bájame a por un paquete de Ele Eme. Dile a Mamá que te dé dinero, anda.

Desde que llegó, notamos que le costaba trabajo asearse. Había rechazado tácitamente la rutina de la ducha, el desodorante, el cepillo de dientes o el cortaúñas. Olía un poco como cuando pasas junto a uno de esos tipos que viven en la calle. Tenía el pelo más largo, más débil y lacio que nunca. Y estaba engordando.

Había noches en las que salía de su cuarto, como un animal que irrumpe en un claro del bosque atraído por la luz de una hoguera, para sentarse con nosotros a ver la tele. Pero le irritaban los presentadores, el argumento de las películas, la música estridente de los concursos. Se enfrentaba, sobre todo, con las chicas de la pantalla, insultándolas brutalmente, aunque sin levantar la voz,

recostado en el sillón que le estaba reservado, fumando sin parar. Le daba lo mismo si Papá cambiaba de canal.

Yo le había pedido a mi madre que me apuntase a un campamento que organizaba el instituto, durante quince días, en la Pedriza, creo. Pero no hay dinero, hijita, ya lo sabes. La medicación es cara, a pesar de las recetas. Papá está tratando de encontrar un trabajo para Josemari. Entonces...

Pero le compraron una televisión a mi hermano. Últimamente se había adueñado del mando a distancia.

A través de las paredes, de la puerta cerrada de su cuarto, nos llegaban de forma incesante los sonidos insomnes y aburridos de las voces, la música, los disparos, los jadeos, las sirenas, las explosiones, de las risas, el silencio, los aplausos...

4.

Papá consiguió que lo admitieran a prueba, para cubrir el turno de los que estaban de vacaciones, en los talleres de la compañía. Tenía buena reputación en la empresa. Llevaba haciendo la misma línea durante más de diez años. No había faltado al trabajo ni un solo día.

Me hago cargo de tu problema, Panizo, pero no te prometo nada.

Nos conocemos bien, hombre. José María es un mecánico de primera. Estaba en el taller de Lucas, ya lo sabes. Pero se fue a la mili y...

No hace falta... estoy enterado.

Puedes confiar en mí.

Dices que el chaval se está recuperando, y me alegro. Pero te hago responsable de lo que pueda ocurrir. Y no olvides que yo también me la juego. Tendría que haber empezado el lunes siguiente, pero no hubo forma de convencerlo. Papá tuvo que mentir, que volver a interceder en su favor, para conseguir una moratoria.

De algún modo se había estabilizado en el seguimiento de las pautas de la medicación. Aquello empezaba bien. Mamá había estado informándose, a través de una asociación, del tipo de cosas que era importante hacer y no hacer para que la situación mejorase. Y estaba contenta de los resultados. Todos lo estábamos. Viviendo aquellos días con cierta despreocupación, aunque no carente de rincones oscuros, conscientes de que disfrutábamos de un tiempo prestado, de una clase de calma reservada a otros.

Josemari consintió en adecentarse, en acompañar a mi padre hasta el garaje de los autobuses. Y empezó a trabajar como cualquier otro, casi.

Con nosotros apenas hablaba, si no era para maldecir al encargado, a alguno de sus compañeros, o para responder lacónicamente a las expectativas que depositábamos en su nueva condición.

5.

Había dos hermanos mellizos trabajando con Josemari en el taller. Dos que andaban por el filo, según Papá.

No te inquietes. Al menos vuelve a tener amigos. Necesita salir, relacionarse, y necesita sentir que confiamos en él. Ya sabes.

Solían quedar los fines de semana en el bar de la estación. Vaya tres.

A partir de ahí, pudo haber ocurrido cualquier cosa. El caso es que, a pesar de tantas historias que se oían por el barrio de alcohol, peleas, cocaína, velocidad, y yo que sé, el otoño transcurrió sin grandes cambios. Más de lo mismo.

La vecina de enfrente, con una oscura intención de ayudar, le decía a mi madre que se anduviera con ojo. Ándate con ojo con ese chico tuyo, que no va por buen camino. Tanto lo repitió que, cuando finalmente echaron del trabajo a Josemari, Mamá se sumió en un abatimiento colmado de culpabilidad.

Fue por algo que hicieron con el coche de uno de los jefes de Papá. Por lo visto ya venían estando un poco hartos de Josemari en la empresa. Y para colmo, se les ocurrió coger sin permiso aquel maldito BMW y llevárselo a Valencia el fin de semana. A la vuelta tuvieron un pequeño percance. Uno de los mellizos estuvo ingresado en el hospital. Mi hermano también, sometido a un tratamiento de alta potencia antipsicótica. Haldol o Risperdal, no recuerdo bien todo aquello.

A Papá lo salvo su antigüedad en la empresa. Debieron de calcular lo que les iba a suponer la indemnización por despido improcedente. Al fin y al cabo Panizo no es el responsable, joder. Bastante tiene ya con ese chaval.

A partir de entonces Papá se sintió avergonzado y en deuda con ellos. De manera que tuvo que aceptar un cambio a peor de ruta y horario. Para compensar la disminución de su sueldo doblaba turnos y, para ocultarlo, participaba en la manipulación de los tacómetros.

Una fisura de rencor hacia mi hermano, de rencor culpable, resquebrajó un poco más la corteza que, en aquella familia, nos protegía a los unos de los otros.

A la pequeña Lucía le fallaron los nervios. Tuvo problemas en el colegio y se puso mala del estómago. Los médicos no encontraron nada anormal. No se preocupen, que la niña está bien. Probablemente necesite un poco más de atención. Nada más.

Mis padres estaban desbordados y se enfrentaban por cualquier nadería.

A mí me daba vergüenza que me viesen con Josemari por la calle. Tampoco me gustaba quedarme sola con él. Recuerdo una tarde que... bueno, coincidimos en el ascensor y... el caso es que lo pasé realmente mal.

6.

A fuerza de padecerlos, uno acaba reconociendo con más claridad los signos que preceden a la fatalidad. No hace falta confiarse a una intuición privilegiada o mágica. Solía ser mucho más prosaico. Aquella mirada fija, o una risa inapropiada ante cualquier comentario que se hiciera al otro lado del salón, su manera de estar sentado, las manos en el regazo, vueltas hacia arriba ¿O es ahora que lo pienso, una vez que hace tanto tiempo que ocurrió?. De otro modo hubiera hecho todo lo posible para evitar que se organizase aquella fiesta.

Mi madre, en un intento desesperado de no sé qué, decidió que había que celebrar por todo lo alto el cumpleaños de Josemari. Seguramente se sintiera presionada. Aquella casa hervía por los cuatro costados. Algo había que hacer, por un día, por un rato siquiera.

Varios de los familiares y amigos a los que llamó no acudieron. Es fácil imaginar el tipo de excusas, y la verdadera razón.

Papá decidió que era un buen día para reconciliarse plenamente con Josemari, y le regaló un reloj demasiado caro, con la intención manifiesta de apabullar a todos con aquella demostración de bienestar familiar.

Pero mi hermano estuvo como ausente todo el tiempo, como si le diera lo mismo un par de besos en las mejillas, o una canción tonta de felicitación, una mirada atravesada de temor, un tímido tirón de orejas, o una palabra de más que se le escapase a alguien en medio de un inoportuno silencio. Esas cosas. Por debajo de la luz amarillenta de las bombillas, del humo condensado en el techo, por debajo del rumor constante de risas y palabras, de la aparente normalidad, por debajo de la mesa, de la altura de los niños, imperaba su razón equivocada, el deslumbrante resplandor del deseo final.

Una franja de luz que escapaba por los bordes de la puerta entreabierta de la cocina llamó su atención. Un gesto de determinación atravesó su rostro dividido. Apagó un cigarrillo que estaba fumando y se encaminó lentamente hacia allí.

Me tocó a mí ir a avisarle para que apagara las velas, como podía haberle tocado a cualquier otro. No había nadie en la cocina. Y la ventana estaba abierta.

No puedo imaginar la clase de energía que me permitió acercarme a mirar. Josemari estaba tendido en el suelo, boca arriba. Tenía los ojos abiertos. No recuerdo cuánto tiempo permanecí mirándolo. Aunque no debió de ser mucho, o sí.

Cuando volví al salón noté que todos me miraban, paralizados. Como si estuviesen posando para una macabra fotografía de familia. Creo que algo se

cayó al suelo antes incluso de que mi tío Julián, que era policía, se pusiera en movimiento. Me cogió por los hombros, y se lo dije. Se ha tirado.

Todo se aceleró súbitamente, la casa entera vuelta del revés.

Me senté en una silla, y recuerdo que me quedé mirando a la tarta, a las velas rojas goteando, derramándose sobre la nata.

7.

Hay que seguir adelante. De algún modo hay que seguir adelante. Con esto y con cosas peores que esto. No lo dudes, hijita.

Yo me llevo a las niñas a dar una vuelta por el Retiro. No te preocupes por nada, mujer.

¿A qué hora pasarán los médicos?.

Sí, justo enfrente hay un bar donde se come bien. Y no es nada caro.

Aún no nos han dicho nada definitivo.

¿Por qué no salís un rato?. Nosotros nos quedamos con él.

Traumatismo craneo-encefálico severo, varios huesos rotos. Posible lesión medular.

La abuela se vino del pueblo a pasar una temporada con nosotros, para echar una mano. Fue, a pesar de todo, una época ordenada en la que la familia se reagrupó en torno a la calma vacía de las horas de espera en el hospital, una sucesión de noticias alentadoras, de nuevos pronósticos que mejoraban con mucho la estimación inicial. Josemari había tenido suerte. Las cuerdas para tender la ropa habían amortiguado la caída. De otro modo, el desenlace hubiera sido fatal. Se confirmó, eso sí, la lesión medular.

Así que, de aquél hospital, lo derivaron a otro especializado en la recuperación integral de parapléjicos. Mi madre tuvo que alquilar una habitación en un piso compartido con los familiares de otros pacientes, allí en Toledo. Una vez más, el apoyo de los más próximos habría de ser determinante para la evolución del enfermo. El sustento de la familia, la carga irrenunciable, todo eso.

Aquello duró casi un año, creo. La rehabilitación, la reeducación, el tratamiento plenamente controlado...

Las noticias que llegaban de Toledo no dejaban de sorprendernos. Esta semana ha aprendido a. Me ha dicho que te diga que. No sabéis lo cariñoso que está, y agradecido. No es que trate de hacer como si nada hubiera ocurrido. Sabe muy bien lo que hizo, y lo que le pasa. Es como si fuera otro.

8.

Después... después todos nos hemos acostumbrado a esto otro. A la referencia más o menos remota de aquella época, y al poso agri dulce de lo que vivimos cada uno a nuestra manera.

Tras infinitas gestiones, los servicios sociales consiguieron ofrecernos para él una plaza en un piso tutelado. Allí viviría con otros pacientes bajo el adecuado control. Es importante que recupere la autoestima, y que se disocie un poco de ustedes. También es importante que sus vidas sigan adelante.

Pienso que ninguno ha indagado después las razones de aquella decisión. La silla de ruedas no cabía en el ascensor, es cierto, ni por las puertas de la casa. No podíamos hacer frente a los gastos necesarios para adaptar el piso a sus necesidades...

Tampoco podíamos sobrecargarnos aún más, ni él quería hacernos ya partícipes de sus problemas, ni sentía por nosotros un amor como el que Mamá le atribuía. Mil cosas.

Una discreta distancia de visitarles de cuando en cuando, de preguntar por él. Eso y otras cosas menos nítidas es lo que me ha quedado.

Mi madre sigue llevando el peso, y su abnegación nos redime a todos un poco.

La presencia de mi hermano impregna el piso de mis padres aún hoy.

El camino de su razón equivocada es el nuestro, sin que podamos recordar el principio, ni atisbar el final. Porque detrás de cada puerta siempre hay otra. O es la misma puerta otra vez.